



Artículo: Los historiadores del México antiguo en el virreinato de la Nueva España

Autor(es): Garibay K., Ángel María

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 63

Año: 2002

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Garibay K., Ángel María. "Los historiadores del México antiguo en el virreinato de la Nueva España" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 63 (2002): p. 14-30. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3982>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

○ REIMPRESOS

Los historiadores del México antiguo en el virreinato de la Nueva España*

Ángel María Garibay K.

Bien se ha dicho que la vida del hombre es una perpetua sorpresa. Espera y no obtiene. Y cuando nada espera, lo menos esperado viene. Jamás pensé, señores, en la posibilidad siquiera de que mis pasos se encaminaran a esta venerable Academia. Verdad es que había sido huésped de su edificio dos veces para dar sendas conferencias hace pocos años. Verdad es que he sido un perpetuo aficionado y totalmente sumergido en estudios históricos, en diversas materias y de diversas regiones de la cultura humana, pero jamás pensé que en ello hubiera habido el menor merecimiento para que fijaran en mí sus miradas los venerables miembros de esta institución. Los apuntes mismos que en materia histórica han salido alguna vez de mis manos a la vista general de los lectores no tienen sino el anhelo de penetrar el misterio del pasado, tan hondo como atractivo y casi siempre tan insoluble.

Elegido por bondadosa tolerancia de esta Academia y presentado a ella por personas que han excedido en bondad sus miramientos hacia mí, llego hoy a ponerme a las órdenes de sus miembros. Y tanto más me llena de honrosa satisfacción este hecho, cuanto que advierto que vengo a llenar el sitio que dejó vacío un hombre con altos merecimientos y que, en lo personal, fue un gran amigo mío. Hablo de don Federico Gómez de Orozco, cuya silla académica se me ha designado.

Yo lo conocí cuando apenas iba llegando a mis veinte años. En la Biblioteca del Seminario, que se hallaba a mi cargo, tuve la fortuna de tratarlo, al par que a otros dos próceres de nuestra historia, don Nicolás León y vuestro último presidente, don Alberto María Carreño, para mencionar solamente a los más destacados de los que acudían a hacer indagaciones en aquella rica mina de cultura, que tuvo la fortuna de no ser tocada por los vaivenes de la época de la Reforma y conservaba su precioso acervo de manuscritos y libros antiguos, fuente de conocimiento para nuestra historia antigua y para la cultura humana en general. Aquella

* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de Historia, correspondiente de la Real de Madrid, pronunciado el día 11 de noviembre de 1963. La respuesta corrió a cargo de Arturo Arnáiz y Freg. Publicado en las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, México, octubre-diciembre de 1963, v. XXII, n. 4, p. 327-347, y en *Cuadernos Americanos*, v. CXXXII, n. 1, México, enero-febrero de 1964, p. 129-147. Para esta publicación se han desatado las abreviaturas usadas por el autor en el registro de los títulos de los libros mencionados en las notas y la bibliografía. (Nota del editor.)

biblioteca, que acumuló parte de los manuscritos de Tepozotlán y San Gregorio, junto con muchos libros impresos en México desde el siglo XVI, hubo de naufragar sin remedio en la tormenta de 1926-1929. Sus tesoros fueron disipados a los cuatro vientos y en forma verdaderamente vandálica muchos de sus libros formaron una hoguera en los patios, reviviendo etapas de barbarie que parecían superadas, pero con anticipo a otras horribles que se verían en Europa.

Allí conocí a don Federico y lo seguí tratando hasta su muerte. Deleitoso fuera que me demorara yo en aquilatar sus méritos en el campo de la historia, en especial de la de nuestra patria. Pero sería hacer una doble injuria: a él reduciendo a pocos minutos lo que exige largas horas para exhibir siquiera su obra; a vosotros, porque bien conocedores sois de sus grandes méritos como allegador de documentos, publicador de muchos de ellos y por sus escritos finos y atildados en diversos campos de la indagación de nuestra pasada grandeza. Dejo al pasar una flor sobre su tumba y procedo al tema que me he propuesto presentar ante vosotros en esta hora para mí tan solemne.

Mi intención es ofrecer una somera y apresurada síntesis de estudio de lo que fue durante el virreinato la idea y la realización de una historia general de nuestro mundo anterior a la venida de los españoles. Un esquema sólo de lo que pudiera ser un libro descomunal, si se trataran todos los asuntos con la debida atingencia y exactitud hasta dar un estudio exhaustivo. Nos bastará fijar la mirada en los diversos intentos y en sus resultados. Lo que se quiso hacer y lo que se hizo. Al parecer es tema de poca médula: en realidad, para la historia de las ideas y preocupaciones de nuestros antepasados en la cultura patria es de los más importantes.

No bien cesa el fragor de las armas y comienza a organizarse la sociedad nueva cuando se ensaya la construcción de una visión histórica del pasado. Era la llama del Renacimiento español, tan original y tan humano, la que ardía en las almas de los primitivos gobernantes, organizadores sociales y difusores de la cultura occidental entre nosotros. Con un humanismo integral quieren recoger lo que el hombre del pasado mexicano ha hecho, los aportes y las elevaciones de la cultura universal que ellos han traído y la misteriosa manera de pensar y sentir de las almas de los pueblos que sucumbieron. Esto que se hace en el centro se hará en su grado en la periferia, pero la misma limitación del tiempo y la amplitud del tema me fuerzan a restringir mis observaciones y datos a la Mesa Central, como en forma tradicional llamamos a esta nuestra región amada en que está el corazón y el cerebro de la patria. De necesidad habrá alguna vez que desbordarla, pero será en forma somera y breve.

1

El primer intento de una historia general del México antiguo llegó temprano. Fue por inspiración del gran presidente de la Segunda Audiencia, Ramírez de Fuenleal. Oigamos cómo nos lo narra un historiador:

Es de saber que en el año de 1533, siendo presidente de la Real Audiencia de México don Sebastián Ramírez de Fuenleal, [...] y siendo custodio de la Orden de San Francisco en esta Nueva España el santo varón fray Martín de Valencia, por ambos a dos fue encargado al padre fray Andrés de Olmos [...] por ser la mejor lengua que entonces había en esta tierra y hombre docto y discreto, que sacase un libro de las antigüedades de estos naturales indios, en especial de México, Tezcuco y Tlaxcala, para que de ello hubiese alguna memoria, y lo malo y fuera de tino se pudiese refutar, y si algo bueno de hallase, se pudiese notar, como se notan y tienen en memoria muchas cosas de otros gentiles.¹

Tenemos en este texto todo lo que pida el exigente. Los que dan la iniciativa y la ponen en camino; el asunto que ha de recogerse, y los fines de esta recopilación. Humanos en todo: refutar lo malo —en la mente del europeo, naturalmente— y aprovechar y guardar para el futuro lo bueno. Es la norma de toda historia seria. Recoger el dato y analizarlo. Hay, sí, aquí una tendencia ya que es la de medir por el criterio europeo. Pero no podemos pedir a nadie que se adelante a su época, pues, por mucho que alardeemos los hombres, somos esclavos ideológicos de nuestros tiempos.

La obra se hizo. El mismo Mendieta nos da razón del cómo y con qué resultado: “habiendo visto [Olmos] todas las pinturas que los caciques y principales de estas provincias tenían de sus antiguallas, y habiéndole dado los ancianos respuesta a todo lo que les quiso preguntar, hizo de todo ello un libro muy copioso”.

Las fuentes son dos: los códices, que hoy son así nombrados, acaso no con tanta propiedad, pero ya usualmente, y las informaciones orales. Es lo que el testimonio llama “pinturas”. Lo eran en efecto. Los libros de Anáhuac —de que tan bellamente habló Del Paso en una excelente Memoria—² eran reproducciones de las cosas de que se intentaba guardar recuerdo. Fue necesario que en el Viejo Mundo los sumerios llegaran al modo de escritura cuneiforme para dejar a un lado la gráfica representación. No pudo la cultura americana llegar a tanto, aunque tenemos en los glifos mayas una avanzada hacia el alfabeto, como lo afirman los peritos en este terreno de la historia. Y mucho en la manera de representación gráfica del Altiplano, que ha estado esperando un minucioso y acucioso investigador que catalogue y analice los conatos de alfabetización.

La otra fuente fue la información oral. Siempre la más valiosa en pueblos sin alfabeto. Y en 1533 había muchos ancianos —de 80, ó 100 años acaso— que pudieron dar razón de muchos hechos y explicar muchos datos a Olmos.

Recogidos sus informes, Olmos se puso a la obra. Los libros que de ella resultaron andan perdidos. Se enviaron a España y allá, o perecieron, o andan

¹ Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, 1945, II, 81.

² *Los libros de Anáhuac*, reproducido por Nicolás León en sus *Notas de las lecciones en la Escuela de Archiveros*, es una memoria presentada al Congreso de Americanistas en 1895.

refundidos en algún archivo. Precisamente Gómez de Orozco pensaba tener la clave de sus hallazgos. No lo hizo. Dio una que puede ser parte de esta obra en su trabajo sobre las fiestas, que dio a conocer Barlow en *Tlalocan*. Otro gran amigo de nuestra cultura antigua que la muerte segó.³

Es casi seguro que la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, que dio a conocer García Icazbalceta, pertenece a la refundición que hizo Olmos cuando, sus papeles en España, hubo de dar alguna noticia a Zumárraga que se la pedía.

El primer trabajo de investigación histórica general emprendida en los albores del virreinato —cuando aún ni virreyes había— no dejó más que la huella del recuerdo, o para hacer uso pedante de un verso de Virgilio: “rari nantes in gurgite vasto”. En el inmenso piélago de la historia sólo flotan vestigios de aquella inicial investigación y anhelo de síntesis de la historia antigua.

2

Por esos mismos años, y acaso por influjo de Olmos, otro franciscano joven, recién llegado a esta tierra, emprende algo similar. Era una imitación de Olmos. Éste desde su principio recogió los discursos de doctrina y aleccionamiento que daban los viejos a los jóvenes. Desde Juan Bautista, que los dio a las prensas en 1599 ó 1600, los llamamos por convención *Huehuetlatolli*, pláticas de los viejos. Era un necesario complemento a la obra fundamental. Olmos recogió muchos —conozco seis manuscritos— y otros se han perdido. Olmos deja la obra y la toma Sahagún. De él debo decir algunas palabras.

No es un historiador de los hechos políticos. Es un historiador de la cultura y de la etnografía. El nombre de su monumental obra, de tan variada fortuna, ha engañado a muchos. Debo puntualizar su sentido.

Se propuso dar en un cuadro general la visión de aquella cultura que iba muriendo a sus ojos. Durante cuarenta años —por lo menos, del 1547 al 1587— se entrega con afán a investigar todos los aspectos de la cultura vencida. Desde los dioses, hasta las recetas de curación de enfermedades; desde la especulación de los mitos, hasta la recopilación de los proverbios populares. Es imposible hacer ahora el relato de sus actividades. Ha sido hecho antes por personas competentes, entre las cuales sería injusto no mencionar a don Wigberto Jiménez Moreno, colega nuestro, que en su bella edición de 1938 dio una síntesis de la obra de Sahagún y de las vicisitudes de su elaboración. Este autor tan laborioso vio hacia otros horizontes: los que en nuestra edad atraen más al mundo: los aspectos humanos de la cultura antes que los fatuos vaivenes de la política.

³ En *Tlalocan*, II (1945), p. 37 y s.

Por ese mismo tiempo tenemos que colocar la tentativa de Diego Durán. Nacido en Sevilla y venido a los siete años a esta Nueva España, pudo captar, como nadie, la esencia de la cultura mexicana que iba agonizando. Con un amor, ya de mexicano íntegro, recoge en sus obras todo cuanto puede allegar de la vida intelectual y moral que muere. Deja tres obras que han sido fuente de informaciones muy valiosas. La falta de una edición más ajustada a las exigencias modernas ha hecho que no se le tome en toda la cuenta que merece. He procurado hacerla, pero la voluntad de los hombres es voluble y frágil y, aunque en su parte principal terminada, presagio que puede quedar inédita.*

Durán, avocindado en Tezcoco desde su primera niñez hasta su juventud, pudo ver y estudiar una cantidad de manuscritos y relatos antiguos que han desaparecido de nuestros ojos. De su estudio directo logró tres obras —lo dije arriba—y éstas son: *Ritos, fiestas y ceremonias*, terminada en 1570; *Calendario*, acabado en 1579, y la *Historia azteca*, a la que dio remate en 1581. Tenía intención de agregar una historia de la conquista, que acaso no escribió. Él lo dice claramente: quería escribir algo sobre “las cosas pasadas desde este punto, hasta los infelices y desdichados tiempos y de las calamidades que esta fertilísima, riquísima y opulentísima tierra y la ciudad de México han pasado y decaído, desde aquellos tiempos acá, y la caída de su grandeza y excelencia” (II, 68). No pudo hacerlo, prevenido por la muerte, que le sobrevino en junio de 1587.

En Durán hallamos, además de su sentido ya nacionalista, que nadie ha aqulitado, una tendencia a la historia general. Él intenta dar una visión de la vieja vida del Anáhuac que amó. Sus relatos, llenos de vida y brío, son de lo mejor que se escribió sobre el pasado. Y la mayor valía de su obra es que parte de manuscritos desaparecidos hoy, y en su modo castellano de expresión guarda la dulce y amable profusión de los redactores primitivos de los documentos que aprovechó.

Lamento no poder dedicarle mayor atención.

Por este tiempo tenemos que colocar la redacción de un famoso documento que ha corrido mala fortuna, desde el nombre. Lo llaman *Códice Chimalpopoca*, por antojo de un abate francés para halagar a un mediocre nahuatlato, que no tuvo mérito mayor que haber dado algunas lecciones de lengua de Moctecuzoma al

* El autor sí logró editar al cronista dominico. La referencia es: Diego Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de la tierra firme*, 2 v., introducción, paleografía, notas y vocabularios de Ángel M. Garibay, México, Porrúa, 1967, láms. (Biblioteca Porrúa, 36-37). (Nota del editor.)

rubio Maximiliano. Lo llaman *Anales de Cuauhtitlán*, que bien puede quedar para la primera parte. El documento es de lo más valioso que nos transmitió la tradición prehispánica. Tema de suyo interminable, lo reduciré a líneas de apresurada síntesis.

Entre 1560 y 1570 se redacta acaso en el mismo pueblo de Cuauhtitlán una buena historia. La conocemos hoy en día en un manuscrito que para en la Biblioteca del Museo. Aunque mutilado es de la mayor importancia. Tiene tres partes el manuscrito, la primera es una tentativa de historia general del altiplano de México central. La segunda un libro de las idolatrías del padre Ponce de León, que cae fuera de la órbita presente. El tercero es la bella obrita que se redacta en 1558 y que su primer editor y traductor quiso llamar, con nombre que no es muy exacto, *Leyenda de los Soles*. La primera y la tercera parte son las que por el momento nos interesan.

Son autores de la primera los indios formados en Tlatelolco, algunos de ellos colaboradores de Sahagún en su obra. Pedro de San Buenaventura y Alonso Vegerano ciertamente formaron parte de aquel grupo. Escriben en la población de donde procedían, ya que repetidas veces hablan de Cuauhtitlán diciendo "nican". Aquí: en donde ellos se hallan o se sitúan mentalmente. Habían reunido unos quince o veinte anales de diferentes poblaciones; habían consultado a los viejos de su pueblo y los contornos y habían aprendido ellos mismos las sagas y leyendas que incorporan en su largo y complicado escrito. Éste, aunque traducido por Lehmann, primero, al alemán y, más tarde, en una versión, no del todo satisfactoria, por Primo Feliciano Velázquez, está postulando aún un estudio profundo, una versión detenida y más al tenor del estilo del original y una buena edición con la paleografía del manuscrito.

Es este escrito una bella muestra de la interculturación mental y literaria. Los métodos del pasado se unen a los del presente. Quiero decir, aquellos indios tienen en cuenta la manera de historiar de sus ancestros, pero, ya dueños del alfabeto, van en pos de ordenamientos y expresiones que recibieron en su educación en Santa Cruz de Tlatelolco.

Es la tentativa más seria de hacer una historia general del pasado nahua a base de documentos fehacientes y nativos. Se deja ver su valor e importancia.

La tercera parte es una bella exposición de códices en parte épico-sagrados y en parte históricos. Desgraciadamente nos llega muy incompleta. Con todo es de lo más rico que tenemos de aquella etapa del primer siglo. En 1558 el que redacta aún ha tenido la buena suerte de ver y oír comentar a los peritos la sabiduría contenida en los documentos. Y ha dejado una recopilación de textos que son tan valiosos para la mitología como para la historia. No es, con todo, una obra de reconstrucción general, como fue la primera.

Estas dos partes del manuscrito son el indicio claro de la preocupación de los nativos para conservar la memoria de su pasado y tienen además la valiosa manifestación de los modos de redactar y guardar la historia que usaron sus ancestros.

En el mismo periodo se elaboran obras similares, pero de carácter más bien local. Quiero decir, no ven el conjunto de los pueblos, sino alguna de sus ciudades, de sus estados autónomos, o de regiones más o menos homogéneas. Así los *Anales de la nación mexicana*, como llamó Boturini a la preciosa historia de Tenochtitlan y Tlatelolco, que se halla formada por diversos manuscritos, alguno tan antiguo como de 1528. Así la *Historia tolteca-chichimeca*, que recoge valiosos datos principalmente de la región hoy día perteneciente al estado de Puebla, agregados a las tradiciones referentes a Tula y sus contornos, que forman la trama inicial. Estas obras y otras similares no entran en el cuadro que hoy me he propuesto, por su carácter particularista.

Vamos a examinar otra tentativa oficial de la construcción de la historia antigua.

5

El virrey don Martín Enríquez, que rigió la Nueva España de 1568 a 1580, “teniendo deseos de saber estas antiguallas de esta gente con certidumbre, mandó juntar las librerías que ellos tenían de estas cosas, y los de México, Tezcoco y Tula se las trajeron, porque eran los historiadores y sabios de estas cosas”. He citado textualmente palabras de la correspondencia entre Tovar y Acosta.⁴ Notemos dos hechos: al finar casi el siglo no había sido elaborada, o no era conocida, una historia general del México central antiguo. He hablado ya de la empresa de 1533, que en la práctica no dio resultados, por haberse llevado los escritos más allá de los mares. De los autores mencionados después sabemos muy bien, aun los profanos, que no se dieron a la luz pública en la etapa virreinal y hubimos de esperar al México independiente para que se comenzara a publicarlos. Así Sahagún, así Durán, así los indios de Cuauhtitlán y muchos otros más. El interés del virrey Enríquez —“conquistador, en virtud, también conquistado”— le sugiere la necesidad de dar una visión de conjunto de lo que fueron las naciones debeladas por la espada de Cortés. Es la garra de México que se adueña de cuantos lo conocen.

El segundo hecho que ruego tengáis en la mente, sufridos oyentes, es el de que hubiera aún en el octavo decenio del siglo manuscritos y papeles de los antiguos. Es que éstos eran sumamente abundantes y con toda la persecución que frailes imperitos hicieron de ellos la quema de Tezcoco, ordenada por Zumárraga, hecho asombroso en un humanista de tan altos vuelos —a quien García Icazbalceta, con sus maravillas de erudición y lógica no pudo librar de culpa— a pesar de todo eso, quedaba una grandiosa cantidad de material histórico.

⁴ Ver esta correspondencia en un estudio de Sandoval, sobre la relación de la conquista de Durán (*vid. Bibliografía*).

Juan de Tovar —criollo o mestizo, no está muy claro— había nacido en Tezcoco y había sido secretario del Cabildo Eclesiástico de México, cuyo capitular fue. A poco de llegado el virrey Enríquez, llega la Compañía de Jesús, que tan gran obra habría de realizar en nuestra patria, Tovar deja las ropas canonicas para unirse a aquellos hombres que venían a tan variada fortuna. A este hombre da Enríquez la comisión de hacer la indagación en el tema propuesto. Se le entrega por mediación del doctor Portillo, vicario del arzobispo, todo el cúmulo de documentos allegados. Tovar, aunque sabedor de lengua y cosas de México, como nacido en él, no entendió nada. Y, él mismo lo cuenta: "Fue necesario que los sabios de México, Tezcoco y Tula se viesen conmigo por mandado del mismo virrey. Y con ellos, yéndome diciendo y narrando las cosas en particular, hice una historia bien cumplida, la cual acabada llevó el mismo doctor Portillo, prometiéndome de hacer dos traslados de muy ricas pinturas, uno para el rey y otro para nosotros."⁵

Tal obra también quedó frustrada. Como si un genio enemigo quisiera abismar en la sombra de la muerte la memoria de la grandeza que habían abatido las lanzas cortesianas.

Y hubo algo similar a lo que había sucedido cincuenta años antes. Como Olmos, Tovar rehace su obra. Oigamos sus mismas palabras: "Como entonces lo averigüé y traté muy despacio, quedóseme mucho en la memoria, demás de que vi un libro que hizo un fraile dominico, deudo mío, que estaba el más conforme a la librería antigua que yo he visto, que me ayudó a refrescar la memoria para hacer esta historia."⁶

De ese escrito segundo provienen los fragmentos que se han publicado bajo el nombre de *Códice Ramírez*. La documentación aprovechada por Tovar fue la misma que aprovechó Durán, que es el pariente a quien se refiere y la misma que habría de aprovechar o andaba aprovechando por esos mismos años el padre Acosta, como abajo diré. Esa documentación ha suscitado problemas y una de las bellas conjeturas ha sido la del gran investigador Robert Barlow, que la muerte inclemente arrebató ha más de diez años, y que llevaba en anhelos la indagación de este problema.

Una indicación quisiera hacer, antes de pasar a otra fase, y es que la autoridad virreinal quiso que se recopilara la vieja historia; que se guardara el recuerdo de la realidad muerta, y viviente en sus hijos, pero un hado funesto, o mejor la apatía y desdén de los hombres, hicieron que tanto el proyecto de Ramírez de Fuenleal, ejecutado por Olmos, como el de Martín Enríquez, en manos de Juan de Tovar, quedaran frustrados. El conato solo ya era de gran alabanza. Guardar el pasado es asegurar el porvenir. No en vano se ha dicho que la historia es maestra del futuro.

⁵ *Ubi supra*.

⁶ *Ubi supra*.

Antes de abandonar el siglo XVI tengo que hacer mención al menos de otro intento de síntesis histórica del pasado prehispánico en nuestra tierra central. Hablo del magistrado y jurisperito Alonso de Zurita.

Más citado que conocido, exige un estudio serio y una edición de sus escritos que estamos esperando en vano hace años. Brevemente diré de su obra.

Estuvo don Alonso en México de 1554 a 1564. Fue oidor en la Audiencia. Durante su estancia y administración se interesó en tal grado por las cosas de nuestra historia que escribió dos relaciones acerca de ella. La más breve fue publicada por García Icazbalceta. La larga y más valiosa hubo de esperar años. Él, con un sentido crítico admirable, hizo preceder su obra de una relación de autores que habían escrito acerca de las cosas de Indias, en particular de la Nueva España. Valiosa, esta lista nos da datos que en vano buscáramos en otra fuente. Lo que más interesa, y más en una somera síntesis, como es ésta, son las intenciones que los resultados. Valiosos son éstos y de ello dan testimonio los que hace decenios están citando como fuente única en los dominios de lo jurídico y administrativo. Pero son más valiosos los principios que normaron su elaboración. Dice él que "siempre en las partes en que había andado" tuvo la preocupación "de saber los usos y costumbres de los naturales de ellas" y para hallarlos va a quien sabe de esa materia: "religiosos doctos y antiguos en la tierra y que han andado muchos años entre los naturales de ella, que son los que con más cuidado han entendido en saber y averiguar estas y otras cosas semejantes".⁷

Ya en España da a su obra la mano final en 1585, en los días mismos en que Tovar levantaba la mano de la propia suya. Un hombre más que se dedicaba amorosamente a la investigación integral de las cosas de nuestra antigüedad mexicana.

Vamos a ver otros también extranjeros y de más amplias miras. Hablo de Acosta y Vázquez de Espinosa, que abarcaron al Nuevo Mundo en su integridad.

7

Después de los brillantes estudios con que el doctor O'Gorman ha engalanado las dos ediciones de la *Historia* del padre Acosta, no cabe sino ponderar la importancia de este autor. No dedica exclusivamente sus afanes a México, pero en su obra toma lo más genuino que a México se refiere.

Historia natural de las Indias denominó a su libro. Abarca con mirada de genial sentido del Renacimiento, ya en ocaso, todos los aspectos. Y en lo tocante a México, nos da datos preciosos de cosas de nuestro suelo; maguey, tuna, chile (libro IV), y en el libro VI se exclaya alabando el calendario de México y

⁷ En edición de García Icazbalceta, 1941, p. X y s.

otras bellas noticias. El libro VII prácticamente es para resumir la historia de los mexicanos, tal cual la había conocido por los documentos de su colega Tovar y de la misteriosa información que a Tovar y a Durán sirvió.

Así, con verdadero broche de oro, cierra el jesuita la exposición que hace ante el mundo de lo que es el complejo americano. Este complejo, que cuatro siglos más tarde hace correr tanta tinta o que se gasten tantas cintas de máquina. Complejo de cultura y de pensamiento que se enfutura a los siglos.

De otro modo, pero no menos digno de ponderación es otro autor que intentó abarcar a toda la América. Es Antonio Vázquez de Espinosa, al cual volveremos ahora los ojos.

Toda una novela se puede escribir sobre su obra y sobre la suerte que ella corrió.

Cuando, entre 1916 y 1919, comenzó el investigador norteamericano Ch. U. Clark su estudio de la Biblioteca Vaticana, a poco andar descubrió dos manuscritos de la mayor importancia para la historia de la cultura en México.

Fue el primero el bello libro de Juan Badiano, que es una descripción de plantas medicinales, con hermosos dibujos a colores de ellas. Tiene fama mundial y es de lo mejor que se dio en la vida del virreinato. Del año 1552 en que se tradujo a la lengua latina y se dio a don Francisco de Mendoza, hijo del virrey don Antonio, quedó encarcelado en las tinieblas del silencio para la cultura.⁸ El otro manuscrito descubierto por Clark fue el que ahora voy a dar a mis oyentes como noticia de la tarea de hacer una visión histórica de conjunto del México antiguo.

El nombre es *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*. Tampoco es un libro referente exclusivamente a México, pero abarca en su asombrosa información sobre América muchas noticias de nuestra tierra y que eran de gran provecho para que el mundo las conociera. Es imposible en esta ocasión dar siquiera un resumen breve de lo que a México se refiere, pero es de necesidad insinuar al menos algo.

Debo antes dar alguna noticia del autor y del libro.

Antonio Vázquez de Espinosa, nacido en Jerez de la Frontera, entró a la Orden del Carmen, en la que parece que no perseveró. Fue el año de su muerte el 1630. Había venido a América y recorrido todos los lugares de la dominación hispana, en especial el Perú y la Nueva España. Regresó a La Antigua en 1622 y fue a vivir en Málaga, Madrid y Sevilla. Dejó como obra de su viaje un *Confesionario para los párrocos de Indias*, unas obrillas de circunstancias y el libro de que hablo ahora.

Éste, que perteneció a la biblioteca del cardenal Barberini, es un grueso tratado con este título, ya dicho: *Descripción de las Indias Occidentales*.

No es posible, menos con el tiempo que me resta, dar una descripción detenida. Voy a señalar solamente los puntos más interesantes y en relación con el tema que voy tratando.

⁸ Edición de la doctora Emmart, Baltimore, 1940.

Una general enumeración de temas universalistas que piden estudio. Relaciones bíblicas, como era de rigor en esos tiempos. Un largo estudio de las costumbres de los dos continentes y la deducción, no siempre acertada, de los enlaces entre indios y asiáticos o europeos. Nos interesa el libro III, en que habla de cosas de la Nueva España. Yucatán, primero, con una minucia al pormenor. La Veracruz, la ciudad de los Ángeles, o nuestra amada Puebla, con los contornos sometidos a la dirección de su pastoral báculo. Llega a México y de él hace elogios hasta desbordarse. Y en esa sección pone la antigua historia, tomada de fuentes que en pormenor habrá que estudiar alguna vez. Toca la conquista y alaba, como era de esperar, al conquistador. Describe la ciudad hispana ya vista por sus ojos y pasa a las regiones que de su obispo dependen. Va a Michoacán, a la Nueva Galicia, para regresar más tarde a Oaxaca. De Guatemala y del Norte da preciosos datos. Sube hasta el Nuevo México y regiones circunvecinas. Va más tarde a la América del Sur. Y allá lo dejaremos ir.

Debo declarar que lo he incluido en esta revisión apresurada de autores de la historia general de nuestro México virreinal, porque difícilmente se hallará en otro autor tanta copia de datos, tan minuciosa relación de hechos y tan gustosa manera de dar unos y otros. Y lamento que este libro, dado a luz en Norteamérica, 1948, no sea tan conocido como debiera serlo en nuestro México.

Supera con mucho a Acosta. Aunque el tamaño no valoriza la calidad, diré que no son de compararse las 377 páginas del jesuita en la edición última, con las 720, por lo menos, de la de Vázquez de Espinosa. Tenemos que dejarlo, sin embargo. Regresamos a nuestros autores de la Mesa Central.

8

Alva Ixtlilxóchitl reclama desde la tumba una buena edición de sus obras. La que tenemos es infeliz y valiosa. Infeliz, porque apenas podemos acercarnos al texto; valiosa, porque sin ella nada conociéramos del historiador ni de la historia. El descendiente de Nezahualcóyotl nace en San Juan Teotihuacán, por el año de 1578. Fue colegial de Santa Cruz de Tlatelolco y duró allí seis años. En 1608 presentó sus escritos a los cabildos o ayuntamientos de indios de Otumba y Cuauhtlatzinco, que a su territorio pertenecen. En 1612 era gobernador de Tezcoco y al año siguiente de Tlalmanalco. Termina su obra principal en 1648. Es la que él llama *Historia chichimeca* y que en la edición única —pésima, pero única—, que tenemos, se halla en el segundo tomo.

Él mismo nos expone en su prólogo o dedicatoria al rey su obra en gestación, su método y su labor. Es tan bello su modo de exponer que no resisto a insertarlo ahora:

Desde mi adolescencia tuve siempre gran deseo de saber las cosas acaecidas en este Nuevo Mundo, que no fueron menos que las de los romanos, griegos, medos y otras

repúblicas gentílicas que tuvieron fama en el universo [...] He conseguido mi deseo con mucho trabajo, peregrinación y suma diligencia en juntar las pinturas de las historias y anales y los cantos con que las conservaban y sobre todo para poderlas entender, juntando y convocando a muchos principales de esta Nueva España, los que tenían fama de conocer y saber las historias referidas.

Sigue dando su relación, pero la brevedad de tiempo y espacio me exige dejarla así.

Sobre documentos auténticos y sobre relatos verbales construye una hermosa síntesis de la historia antigua. Y a su vista se hallaban pinturas —digamos códices— y tenían el auxilio de los señores antiguos que aún podían recordar el sentido y la interpretación de aquellas enigmáticas figuras.

Don Fernando reunió, en lo que Ramírez dio a luz en su primer tomo, una serie de documentos que iba traduciendo del náhuatl. Hay en esta primera parte tan fructuosa información, si se sabe aprovechar, que admira que no la hayan aprovechado y dado en mejor forma los inteligentes de la historia.

La segunda parte es algo más orgánico, aunque tampoco pudo completarla. En ella nos da la visión de lo que fue la grandeza de los chichimecas y en esa misma parte nos pone una visión de conjunto de la grandeza de Tenochtitlan.

Dejo también con pena a este bravo historiador del pasado mexicano, a quien no se le ha hecho la debida justicia.

9

Vamos a resumir en muy breves términos la gestación del más brillante trabajo, antes del de Clavigero, que la edad virreinal pudo ofrecernos. Es la *Monarquía indiana*, de Juan de Torquemada. Su estilo, al tenor de los tiempos, ha perjudicado su valor. No hay en esos siglos quien se acerque a él en el anhelo de dar en síntesis la visión de lo que fue el México antiguo. Este franciscano lo intenta y lo realiza, a su modo y en su medida. No había otra en sus tiempos.

Hombre de verdad excepcional. Él construye dos calzadas que hoy día nos sirven tan a punto. La de Chapultepec, absorbida por la calle así llamada, y la de los Misterios, que a nuestro regente de ahora debemos haber recobrado en dicha utilidad. Era, por lo mismo, constructor de caminos. Él edificó la iglesia de Santiago Tlatelolco, que hoy ve hacia el porvenir, asombrado de lo que en torno de ella se construye.

Y no contento con estas obras se dedica a escribir la historia de conjunto del México antiguo. Es lo que por el momento me interesa.

Voy a insertar su informe para que tenga mayor objetividad mi pobre disertación:

Los trabajos que he tenido en haber puesto en estilo estos libros rituales y monarquía indiana han sido inmensos. Porque dejado aparte el mucho tiempo que me

ocupé en buscar todas estas cosas, que pasaron en estos más de catorce años, otros siete que ha puse la mano en ellos de propósito, para distribuirlos en libros, como van seguidos, no sólo seguía la comunidad con los demás religiosos, pero hice una iglesia de bóveda en el convento de Santiago Tlatelolco [...] y un retablo de los mayores que hay en las Indias, sin tener maestros que amaestrasen lo uno ni lo otro, sino yo solo por haber de salir con ello. Tuve necesidad de muy grande estudio, en cosa de arquitectura... a todo lo dicho se recreció también haberme ocupado en la obra de las calzadas de Guadalupe y Chapultepec, que tuve a mi cargo en la primera inundación de la ciudad.

Así: constructor de caminos y de iglesias, era fray Juan uno de los hombres que llegan a formar naciones. En su libro, que es lo que por el momento nos interesa, hace en veintiún tratados la historia antigua toda. Reúne datos, consulta y aun vierte documentos, que ya no están al alcance de nuestras manos y hace una buena síntesis de los hechos. Hay algo que ha perjudicado su lectura. Es, en primer lugar, la rareza de sus ediciones. Pero sobre esta circunstancia, que hace años se remedió un poco con ediciones facsimilares, tenemos sus largas y a veces tediosas digresiones. Muy eruditas, muy interesantes, pero que salen del marco de la austera relación de los hechos. Pensé alguna vez hacer una edición sin estas largas reflexiones. Hoy pienso de modo diferente. Deben conservarse en las ediciones, con tipo menor, acaso, para los apresurados. Para la historia de las ideas en México son inapreciables.

Volviendo al meollo de su información, podemos hallar en ella la larga serie de conversaciones acerca de la primitiva creación. Pero bien pronto alza el vuelo y nos da la historia de los primeros reyes de Tenochtitlan. Allí hallamos suma de datos históricos de la primera fuente y lo doloroso es que la fuente original no existe ya. Torquemada la salvó para nosotros.

Quisiera yo hacer resaltar el sentido universalista de Torquemada. A eso tienden las siguientes observaciones.

No que, como Acosta y Vázquez de Espinosa, intentara abarcar a la América hispana en su totalidad sino, limitado a México, dio la visión de conjunto que nadie imitó más tarde. Nos bastaría recorrer el índice de sus veintiún libros rituales, como tuvo a bien llamar a su obra. En la imposibilidad de hacerlo, por demasiado largo, diré en breves palabras su contenido. La venida de los primeros habitantes a México, la secuela de los mexicanos en su larga peregrinación y las vicisitudes en su llegada al valle de México. Más adelante, la vida moral y social de estos pueblos, en varios capítulos, y la implantación de los españoles. Todo un libro dedicado al conquistador Cortés, y a la empresa de la conquista. Pasa a exponer la vida institucional de los mexicanos y las tentativas de conquista hacia el Norte. Viene larga relación de la implantación del cristianismo y enumeración y biografías de sus más famosos personajes.

La enorme mole de sus tres tomos, tal como los tenemos en la segunda edición, más afortunada que la primera, ofrece al paciente lector, que no sabe perderse en la inmensidad de datos y en la maraña de disertaciones al margen

de ellos, una cosecha de informaciones que en vano buscaría uno en otra fuente. Tuvo el buen franciscano a su disposición la cantidad de manuscritos y libros de sus colegas y de otras órdenes y muchísimos de ellos han desaparecido en absoluto. Lo que en este momento me interesa es hacer resaltar su tendencia a dar una historia que abarcara todos los pueblos y todos los tiempos de la Nueva España en los albores del siglo XVII y, para mayor exactitud, al fenecer el XVI.

Su método de redacción lo ha perjudicado para que sea un autor popular, así como lo enorme de su obra. Pero entre los conatos del pasado para dar una visión sintética del México antiguo dudo que haya algo que tenga la solidez y la riqueza de la obra de Torquemada. Y no dejaré de hacer votos en este momento de que algún historiador prepare una edición más accesible, sin quitar ni un ápice al libro original, sino dividiendo, acaso con diverso tipo, las partes directamente informativa y la puramente aclaratoria o de comentarios, que, si no son valiosos para la historia misma, sí lo son para la de las ideas en México.

Del siglo XVII no hallo a quién señalar de tal dimensión. Bien está que Sigüenza y Góngora haya reunido muchos documentos de la antigüedad y haya procurado guardar para el futuro sus testimonios: no escribió él una obra de conjunto como lo proyectaba acaso.

10

Hemos de llegar al fin del siglo XVIII, dejando a algunos recopiladores de documentos, como Antonio de la Rosa y López de Figueroa, que no entran en el marco de estas notas, por no haber escrito un libro de historia general. Y como el mismo Boturini, que recopiló cuanto pudo en materia de documentos y aun trazó una idea de la historia. Debemos detenernos para cerrar nuestra indagación en dos autores de ese siglo. Clavigero es uno y Veytia el otro. Mucho más conocidos de la generalidad de los modernos, deben tener su lugar aparte.

Francisco Javier Clavigero, como es bien sabido, fue una de las víctimas de la tiránica disposición de Carlos III, que arrojó de América fuerzas muy valiosas para su cultura. Jesuita, Clavigero hubo de emigrar y se radicó en Italia. En lengua de este país dio a la luz pública su libro famoso en toda Europa desde entonces.

Se había creído que el original estaba en toscano, como llamaban a la lengua de Italia, y de la obra se hicieron varias versiones en México. El padre Mariano Cuevas, insigne miembro de esta Academia, descubrió y dio a las prensas la redacción original en castellano.

Libro excepcional el de Clavigero, no solamente por haber sido el primero que en forma sistemática e integral dio a conocer a los europeos la historia antigua de nuestra patria, sino por el sentido crítico con que está escrito y el brillante estilo que da a conocer al gran humanista que fue Clavigero. Libro que ha fascinado a varias generaciones y que era, hasta ha pocos decenios, la

fuelle única que tenían los ajenos a nuestra lengua para conocer la trama y la rica abundancia de hechos de nuestra historia. En narrarla Clavigero hace lo que debe hacerse siempre: a los hechos políticos o sociales, siempre básicos, sobrepone la historia de la cultura, que es lo netamente humano y de valores impercederos.

Con la obra de Clavigero culminaban los intentos de hacer una visión completa de lo que fue el México que se abismó en el cataclismo de 1521, para resurgir en una floración de raza nueva y perdurar viviente en nosotros, al cabo de casi cinco siglos.

Pero hay otro historiador del pasado que requiere nuestra atención, antes de plegar las velas de esta navegación ideal a través de los tiempos. Es don Mariano Veytia, con quien daré fin a mis deshilvanadas observaciones.

11

Fue don Mariano Veytia uno de los frutos del siglo XVIII, tan brillante en nuestra historia cultural, tan poco comprendido y tan deficientemente estudiado. Nacido en la gloriosa Angelópolis, nuestra Puebla de rancio abolengo, en 1720, vino en su juventud a seguir estudiando en la Universidad de esta ciudad.

Llega a recibir la láurea de abogado en derecho. Cumple en el mar los diecisiete años, en camino a la Corte, por delegación de su padre. Durante el viaje escribe un libro, que debió ser bello, por la curiosidad del autor y por la diligencia de su pluma. Fue robado el día mismo de su muerte y, hasta donde sé, no ha vuelto a aparecer. ¡Triste destino de las cosas del sabio, cuando la muerte inclemente arrebatara su vida y los humanos incomprensivos dilapidan su obra! Ese viaje fue en 1737. Lo aprovechó para visitar el Viejo Mundo. España, Portugal, Italia, que no eran raras postas de viaje en esos tiempos, aunque no para muchos. Pero también Jerusalén, Marruecos y la Inglaterra del opuesto extremo. Durante ese viaje hizo estudios de arqueología y numismática y recogió muchas monedas y medallas. Agregó la descripción de sus tesoros en unos veinticinco volúmenes de a cuarto y bien gruesos. También perdidos hoy día.

Estando en ese viaje se avecindó en Malta por algunos meses. Con los caballeros de esa isla hizo correrías contra los moros. Pero no profesó en Malta, porque era reacio al celibato. Fue caballero de Santiago más tarde. Era natural que un hombre así tuviera una buena ciencia de las lenguas. Supo latín, portugués, italiano, francés y suficiente inglés. Y, como era usual en los sabios de esos tiempos, la lengua de Tenochtitlan, que para nadie era vilipendiada y es una de las más bellas lenguas del universo.

Me alargué acaso en dar los datos del postrer historiador general del México antiguo. Es que su figura se impone, y lamento que entre tantos jóvenes no haya uno que se dedique a escribir una buena y gustosa biografía.

Tratemos ya de su obra. Fecundo investigador fue. Y aun descontando en las hipérboles que su hijo fray Antonio hace, tenemos que admitir una laboriosidad excepcional y un interés no menor en indagar lo referente a su patria. Tengo que limitarme a la *Historia antigua*, como él la llamó y es del género que me propuse tratar hoy. Quiero decir, una síntesis de la vieja realidad mexicana, que los siglos cubrieron de sombra. Con relación o sin ella, entra en el mismo plan de Clavigero. Da en tres tomos la historia y promete unas ocho disertaciones acerca de temas correlativos. En éstas iba a dar la indagación acerca de los habitantes primeros de este continente; la cronología que, como él dice, "es uno de los puntos más embrollados por nuestros historiadores"; tierra y clima; animales y constitución física de los mexicanos; número y población; política de los mexicanos, religiones y culto.

Tres libros tenemos en la edición que se hizo en 1836 y que se renovó en 1944. En ellos van todos los aspectos de la historia antigua, desde la llegada de los primeros pobladores a América en el primer libro, hasta la huida de Topiltzin Quetzalcóatl.

El segundo habla de la llegada de los chichimecas y su instalación en el valle, hasta dar remate con la muerte de Maxtla. Toma principio su tercer libro con las hazañas de Nezahualcóyotl y cierra su obra con la muerte de Cuauhtémoc.

Sus datos son tomados de muchas fuentes, en especial de Durán y Tezozómoc, lo mismo que tiene en sus manos a Torquemada. Hay algunos que debió adquirir de otros veneros.

No es mi misión presente, en esta ya larga y tediosa plática, dar una descripción al pormenor de esta obra. Me basta haber señalado su gran importancia como intento de dar una visión general del México prehispánico.

Tenemos así, señores, reseñada imperfectamente la larga y muchas veces frustrada tarea de dar al mundo la realidad mexicana a base de buenas fuentes. Como dije al principio, para tratar todos los aspectos fuera necesario un largo y denso libro.

Debo dar fin con una sola observación: los mexicanos desde muy al principio de su incorporación al mundo occidental quisieron que se exhibiera la grandeza de donde provenían. Y de consuno con ellos las autoridades virreinales, como Ramírez de Fuenleal en 1533 y Martín Enríquez entre 1570 y 1580 quisieron que México fuera conocido.

México hoy es un país al cual vuelven los ojos y abren los brazos todos los pueblos de la Tierra. Y en su elevación está anhelando ahondar más y más en su pasado. Como que el pasado es el guía del porvenir.

A trabajar, en los escasos años que me tenga reservados la Providencia, vengo a esta casa. Sea siquiera una flor de gozo y de trabajo la que deje al partir sobre el altar de mi patria.

México, 1963

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, José, *Historia natural y moral de las Indias*, Sevilla, 1950, y México, 1940 y 1962.
- ALVA IXTLIXÓCHITL, Fernando de, *Obras históricas*, 2 v., México, 1891 y 1892.
- BARLOW, Robert, "La crónica X", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, VII (1945), p. 23 y s.
- BOTURINI B., Lorenzo, *Idea de una historia general de la América Septentrional*, Madrid, 1746.
- CLAVIGERO, Francisco Javier, *Historia antigua de México*, texto original, 3 v., México, 1945.
- DURÁN, fray Diego, *Historia de las Indias de la Nueva España*, 2 v., México, 1867 y 1880.
- GERSTE, A., "Notas sobre los padres Acosta y Tovar", en *Anales del Museo Nacional de Arqueología e Historia*, 1903, p. 242 y s.
- GÓMEZ DE OROZCO, Federico (ed.), "Costumbres de Nueva España", en *Tlalocan*, II (1945), p. 37 y s.
- KINGSBOROUGH, Lord, *Antiquities of Mexico*, 9 v., Londres, 1831-1848.
- LEHMANN, Walter, *Die Geschichte der Königreich von Colhuacan und Mexiko*, Berlín, 1938.
- PASO Y TRONCOSO, Francisco (ed.), *Leyenda de los Soles*, manuscrito de 1558, Florencia, 1903.
- SAHAGÚN, fray Bernardino, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, 3 v., 1829, 1938, 5 v.; 1946, 3 v.; 1956, 4 v.
- SANDOVAL, F., "La relación de la conquista de fray Diego Durán", en *Estudios de Historiografía Mexicana*, México, 1945, p. 51 y s.
- TORQUEMADA, fray Juan de, *Los veintidós libros rituales y monarquía indiana*, 3 v., Madrid, 1723.
- TOVAR, Juan de, *Historia de los indios mexicanos. Fragmentos publicados con el nombre de Códice Ramírez*, México, 1878.
- VÁZQUEZ DE ESPINOSA, Antonio, *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, Washington, 1948.
- VEYTIA, Mariano, *Historia antigua de México*, México, 1836, y reed. 1944.
- ZURITA, Alonso de, *Breve y sumaria relación de los señores de la Nueva España*, edición de José García Icazbalceta, en *Nueva colección de documentos para la historia de México*, 1891. □